

mo, porque nunca jamás esta secta de reaccion tuvo el deletéreo influjo que ahora en los destinos de la Iglesia. Su absolutismo eclesiástico prevaleció de tal suerte, que presenciamos la proclamacion de un dogma, como el dogma de la Purísima, sin consulta del mundo católico, y la reunion de un Concilio como el Concilio Vaticano para convertir al Papa en superior á los demás hombres y darle por la infalibilidad el carácter, por todas las teologías reservado á sus dioses. El probabilismo de los jesuitas ha crecido tanto, que una reaccion hácia las escuelas tomistas, iniciada por Leon XIII, ha tomado aires verdaderos de atrevimiento filosófico. Y no hablemos de su moral casuística. El mundo conoce ya por experiencias saludables á qué han quedado reducidas las sociedades en que se ha sobrepuesto la escuela ultramontana. Si han sido sociedades incipientes ó jóvenes, han quedado en el bárbaro comunismo primitivo como el Paraguay; y si, al revés, grandes sociedades históricas, llenas de vitalidad y de ciencia, en el decaimiento de nuestra gloriosa España. Un siglo despues de haberse impuesto el silencio de la intolerancia por el Estado absoluto de nuestros reyes al espíritu español, apenas existia España. Tendida como un cadáver por las cuatro partes del mundo, los reyes echaban suertes sobre sus vestiduras y se repartian sus despojos. Desde tal silencio nosotros, los astrónomos de Córdoba, Sevilla y Toledo, no hemos descubierto una estrella en el cielo; nosotros, los filósofos del Renacimiento, no hemos visto una idea nueva en la conciencia. El género churrigueresco ha penetrado en nuestras artes, el género gongorino ha penetrado en nuestras letras. Inglaterra nos ha cogido en las manos el tridente oceánico, que poblara de nuevas tierras los mares; y Francia y Alemania el predominio político sobre toda Europa. La lepra de las amortizaciones háse comido nuestra tierra, y el humo de la Inquisicion asombrado y cubierto de luto nuestra mente. Dimos al mundo el jesuitismo; y en cambio de don tan funesto, nos entregamos á la servidumbre, bajo cuyo peso todas nuestras fuerzas sucumbieron y se apagaron todas nuestras ideas.

Y no menor que la nuestra fué la decadencia de Portugal, pueblo entregado por el destino á la dominacion jesuítica. Desde la segunda mitad del siglo décimoquinto, hasta el definitivo reinado de los jesuitas, Portugal parecia tener á su arbitrio las fuerzas creadoras del planeta. Sus naves mara-

villosas engolfábanse á una en el Océano inmenso y volvian cargadas de orientales coronas que lanzar, como tributos increíbles y fantásticos, á las plantas de sus reyes. Capitaneaban tales barcos hombres como Vasco de Gama; y seguian su estela, poetas como los poetas de Camoens. Mientras Grecia resucitaba en Ferrara, en Venecia, en Florencia, resucitaba tambien Asia en Oporto y en Lisboa. Aquellos colores deslumbrantes que cegaban la vista; y aquellos aromas exhalados por las especias, que trastornaban el sentido; y aquellas piedras preciosas arrojadas al pié de la nacion marina, representaban algo mas que fugaces conquistas ó frágiles dominios, representaban la dominacion absoluta del humano linaje sobre toda la Naturaleza. Nada tan deslumbrador en el siglo décimosexto como la embajada expedida por el rey don Manuel al Papa Leon X. Cuanto las historias refieren de lo reunido por Salomon para su templo, queda mezquino y pobre ante los tributos pagados por la corte de don Manuel á la corte de Leon X. El pavo de Juno, con toda su vanidad, jamás tendió los colores de su cola como tendia el Rey de Lusitania las preseas de su imperio. Trescientos caballos enjaezados de oro y perlas abrian la gran procesion conducidos por la mano de trescientos pajes, á cual mas bien vestido y pintoresco. Seguian luego los magnates portugueses residentes en Roma, tanto civiles como eclesiásticos, llevando cada cual un reino sobre su cuerpo, adornado con todas las magnificencias del Asia. Seguíanles ballesteros, arqueros, lanceros, unos de Suiza, otros de Grecia, puestos allí todos para realzar con sus adornos aquella orgía de colores. El estribero, Nicolás de Faria, ostentaba tales arreos cuajados de pedrería que se deslumbró aquel colegio riquísimo de cardenales, acostumbrados al esplendor de tanto lujo. Sobre un blanco elefante iba una torre de marfil; sobre la torre, un cofre de maderas olientes y preciosísimas; y delante, casi en la cabeza del animal, un bronceado indio, semejante á ídolo asiático. Tras el elefante, pesadísimo, venia gentil y ligero caballo persa, montado por hábil cazador de aquellas regiones, quien ostentaba en sus espaldas un tigre domesticado y tranquilo. Las cajas de clavo, de pimienta, de jengibre, perfumaban los aires y embriagaban á los espectadores. Desde los tiempos de Pirro no habia visto la Ciudad Eterna entrar por sus arcos tan extraños animales, ni habia olido tan embriagadoras esencias. Parecia que sobre sus cenizas,

sobre sus ruinas, sobre los huesos mondados de sus héroes, sobre aquel templo de los siglos, sobre aquel cementerio de las razas, donde puede verse como el esqueleto de la tierra desnuda y exhausta, extendía la urdimbre maravillosa de su vida, la India inmensa, con sus ríos cargados de islas flotantes, con sus mares ceñidos de perlas, con sus selvas pertenecientes á las antiguas vegetaciones planetarias, con sus coros de aves pintadas, con sus nieblas de ópalo y grana, con sus Himalayas coronados por ventisqueros y volcanes, con toda su excesiva savia, semejante á un vino nuevo, y el cual se derramara por las venas de tantas y tantas grandezas envejecidas y antiguas.

El Renacimiento había sido como una obra colectiva, si quereis inconsciente, pero inspirada y luminosa, de todo el humano linaje. Un polonés como Copérnico fijaba el sol en el foco de las elipses planetarias; un italiano, como Colón, protegido y amparado por España, descubría el Nuevo Mundo; una legión de portugueses ilustres lanzaba, desde sus carabelas, á los pies de la tierra europea, los tributos del Asia extrema, recogidos en las aguas y en las selvas de Indias; un coro de artistas inspirados restauraba la forma humana con los pinceles de Vinci, de Rafael, de Sarto, y con los buriles de Buonarrotti, de Ghiberti, de Celini, mientras una grande Academia de sabios y eruditos, diseminados por las universidades, mas que nunca inspiradas entonces, convertían las letras griegas y hebreas en otras tantas luminarias del alma y completaban con el restablecimiento é interpretación de los textos antiguos la humana historia, mostrando en el desarrollo de las ideas por el tiempo y por el espacio la unidad fundamental de nuestro espíritu. Allí, en aquella época, existía el germen de una síntesis, que indudablemente hubiera podido traer la nueva religión de la humanidad, sin detrimento ni mengua de la tradicional y antigua. En esta obra, Portugal trajo algo de lo mas necesario á contrastar los sentimientos de la Edad Media, Portugal trajo, como España entonces, con la renovación de nuestra tierra, el amor á la Naturaleza. Y de esta confianza en la Naturaleza material y en la Naturaleza humana surgió también la confianza en Dios y en el cumplimiento de sus divinas promesas. Así, lucía de nuevo la ciencia con extraordinarios resplandores. Y á esta luz Portugal organizó su célebre Universidad de Coimbra con doctores de París, Alcalá, Italia, y en tales términos, que fué como un centro

de la cultura humana y como una reconcentración del humano espíritu. Pero bien pronto después de concluir el reinado de don Manuel, y al mediar el reinado de don Juan III, la secta jesuítica se apoderó de la conciencia portuguesa. Para comprender todos los estragos de tal doctrina y secta no hay como estudiar la inspirada historia del gran escritor portugués Oliveira Martin, por cuyas páginas compiten á porfía las ciencias del filósofo con las artes del narrador y del poeta. Efectivamente, así que se leen las obras de los primeros jesuitas échase de ver cómo caen sobre Portugal é intentan hacer de tan extremo reino en el Occidente europeo una especie de triste Paraguay dirigido por la mas fantástica y por la mas reaccionaria de todas las utopías.

Sí, lo repito, el jesuitismo es la mas reaccionaria y la mas fantástica de todas las utopías, por lo mismo que jamás toma para nada en cuenta nuestra naturaleza. El hombre no se pertenece á sí mismo, cuando no ejerce su razón y su voluntad. Por la una el hombre conoce, por la otra el hombre vive. Sin voluntad y sin pensamiento no hay responsabilidades humanas. Sin responsabilidad el hombre no resulta, no, un sér moral. Dependiente de un superior, al cual no puede interrogar, y cuyas disposiciones ha de obedecer sin discutir, aparece la persona humana, esfuerzo último de la creación divina, como un instrumento en ajenas manos, sin fin propio y sin libertad real. Conoce como pocas escuelas el jesuitismo la naturaleza humana, porque la estudió profundamente, valiéndose de sus inspiraciones intuitivas, aquel soldado de genio que se llamaba San Ignacio de Loyola; pero, por lo mismo que conoce la naturaleza humana, tiene mayores medios de sacrificarla en aras de la Iglesia, y resueltamente la sacrifica. De aquí su absolutismo en el gobierno eclesiástico, su probabilismo en todas las ciencias, su triste sustitución de las gramáticas á las filosofías, su retórica en vez de la elocuencia, su casuismo en vez de la moral, sus templos churriguerescos y borrominescos en los cuales jamás se descubre un ideal piadoso, su educación medio mística y medio mundana, sus renunciaciones del mundo y sus intrigas de corte, su ideal semi-pelagiano de la libertad en frente al excesivo dogma protestante de la gracia y su increíble suicidio de la libertad misma, el proyecto utópico de dominar al mundo para someterlo y encadenarlo á una reacción imposible, intento de suyo tan despótico y demente como si quisiera detener al planeta

en su carrera triunfal por el espacio. La influencia jesuítica se tornó en Portugal contra la Universidad de Coimbra para vincular y amortizar ella sola en sus manos la educación pública. Por 1562 pedían los Estados que las rentas votadas á la Universidad se revocasen definitivamente. La secta jesuítica envolvía el pequeño reino en sus apretadas redes. Rodríguez de Acevedo y Paulo Camerate habían llegado allí expedidos por Ignacio de Loyola y aceptados por Juan III para contrastar el influjo humanitario de Coimbra y extender el paño fúnebre de la reacción universal sobre aquella especie de túmulo. Evora se había convertido en verdadera Universidad jesuítica. Coimbra misma, á las orillas del Mondego, Safins á las orillas del Miño, Evora, Oporto, dominados por la Compañía, mostraban cómo en cualquier camino la secta jesuítica se ponía con resolución verdaderamente incontrastable al atisbo de todos los progresos. En poco tiempo el alma de Portugal fué una colonia de San Ignacio. Y comprendiendo los jesuitas cuánto y cómo la corta extensión del reino influía en su predominio y en su prestigio, opusieron constantemente á la incorporación de Portugal con España; y una vez incorporados los dos reinos, trataron siempre de romper aquella unidad contraria por completo á sus intereses monásticos. La Orden, de origen español, resultó en Portugal cruel enemiga de España.

Y bien caramamente lo pagó. A los esplendores del Renacimiento asiático, sucedieron las humaredas terribles de la Inquisición. Para probar cómo domina la unidad del espíritu en la historia europea, no hay sino decir que Juan III de Portugal resulta un reaccionario tan impenitente como sus contemporáneos Ignacio de Loyola, Felipe II, María la Sanguinaria, el Duque de Alba, Gregorio XIII, Catalina de Médicis, y otros personajes análogos, manifestaciones varias de una misma fundamental idea. Así, organizó la Inquisición, y la extremó como ningún otro monarca. Esbirros crueles celaban todas las puertas; delatores numerosísimos metíanse por el seno de todas las familias; el tormento se aplicaba con perseverancia para sacar confesiones involuntarias de herejía y tener así mayor número de víctimas; los verdugos, enmascarados, envueltos en sus largas hopalandas, y cubiertos con su negro capuz, al través de cuyos agujeros parecían las siniestras miradas fuegos fatuos, multiplicábanse por todas partes, como exterminadoras especies; en las

entrañas del suelo abríanse calabozos parecidos á sepulcros, donde multitud de vivos enterrados acariciaban el suplicio como una esperanza; veíanse á todas horas, procesiones custodiadas por mosqueteros, presididas por dominicos, encabezadas por la cruz y la bandera imperial, circuidas de familiares, compuestas por reos de diversas categorías y hasta por muertos á quienes se castigaba sacándoles del inviolable sepulcro como para usurpar á la divinidad misma su juicio. Eran de ver los guiones siniestros, los alguaciles crueles, los reos con sus sambenitos al cuerpo, sus cirios en las manos y sus carochas pintarracheadas en la cabeza; el Auto apercebido con sus postes, con sus tablados, con sus hogueras, donde morían, entre los aplausos de los cortesanos y ante la presencia del Rey, pobres mujeres por brujas, y jóvenes varios por judaizantes, y este por no haber comido pan ázimo, y aquel por no haber gustado cerdo, en aquellos horrores de la reacción universal.

Bien pronto la idea de lo imposible y de lo utópico se subió á la cabeza de un príncipe muy heróico, pero muy demente; capaz de todos los sacrificios y de todos los martirios, pero incapaz de aquella madurez y de aquella prudencia, indispensables en quienes deben responder, no solo de su propia vida, sino de la vida superior de todo un pueblo y de la seguridad de todo un Estado. Portugal convertido por las magias y las hechicerías del jesuitismo á ciertas ideas milenarias y mesiánicas, había caído en una verdadera locura. Las gentes veían ataúdes flotantes en las nubes, incendios en los ocasos, figuras sobrenaturales en el viento, sacudidas en la inercia é inmovilidad de los sepulcros. Era la mente lusitana una especie de sábado siniestro iluminado por azufre. Entre aquellos efluvios de ideas vino al mundo el temerario infante don Sebastian, que reventaba los caballos bajo sus espuelas, en carreras vertiginosas; que salía por plena mar en barcos frágiles para combatir con las tempestades; que soñaba derruir los muros de Constantinopla, y levantar su corona en las Pirámides, y rehacer á Godofredo de Bouillon y sus cruzados en los desiertos de Palestina. La cruzada era su monomanía y el Africa su pesadilla. Para tales empresas necesitaba un genio aventurero, y lo tenía. Este genio aventurero no consultaba la razón de Estado; abría las tumbas de sus predecesores, y conversaba con los cadáveres como si fueran vivos. A don Juan II en el Monasterio de Batalla lo sacó de la tumba, y lo